

Se llama Martina. Tiene 39 años. Es una mujer menuda, trabajadora, culta y responsable en todo lo que hace. Vivía en una ciudad grande, de esas cosmopolitas, donde el tráfico se convierte en un infierno ya con las primeras luces del alba. Había estudiado en una ciudad de provincias, su ciudad natal. Terminada la universidad, una oferta de trabajo le llevó a la gran metrópoli. Su vida de aquellos años se fraguó allí. Su vida laboral y su vida personal. Sus viajes a la ciudad de provincias se fueron espaciando cada vez más. Su contacto con la familia fue resintiéndose con el paso de los meses, de los años, del tiempo... No por nada especial pero la gran ciudad le había imbuido en una vorágine de vida que le fue alejando de sus raíces.

Martina, una mujer activa, dinámica, emprendedora... se hizo enseguida un hueco en el mundo de la información. Un hueco cada vez más grande, más propio, más suyo. Se especializó en la edición de revistas y trabajó durante más de una década poniendo en marcha algunas publicaciones de éstas que dan en llamar "femeninas". Pero su compromiso personal no cuajó con el laboral o, para más exactitud, con la línea editorial impuesta. Entendía que las "inquietudes femeninas" no eran un bolso de firma, un maquillaje "fashion" o la infidelidad conyugal a la que suele arrastrar una convivencia rutinaria y aburrida.

Por eso Martina abandonó ese empleo, diciendo adiós a una apetitosa nómina mensual. Se sabía competente y bien preparada. Y optó por la docencia en una universidad donde enseñó a su alumnado, periodistas en ciernes, a especializarse en el mundo editorial.

En ese tiempo, Martina conoció un matrimonio que el paso de los años terminó aniquilando. Un matrimonio cuyo patrimonio se ha convertido hoy en una cordial amistad. No hubo descendencia, ni biológica ni adoptiva, aunque anheló entonces, por pura necesidad de sentirse viva y no por ese dudoso instinto maternal que alguien ha tildado como tal, haber sido progenitora.

Su trabajo y sus grandes y pequeñas amistades, sus múltiples actividades y sus muchas otras inquietudes habituales (leer, escribir, viajar...) dibujaron su proyecto de vida de aquellos años que empezaban a acercarle a la treintena.

Una nueva oportunidad laboral le encadenó a otra etapa también personal en su vida. En aquella prestigiosa empresa conoció a su segunda y última pareja estable de aquellos años. Hoy, abandonada ya la gran metrópoli y aquella relación de media docena de años, Martina ha vuelto a su ciudad natal con el dolor en las entrañas y la fuerza necesaria para empezar de nuevo. En cuestión de meses ya es otra mujer y estrenará el año con un nuevo y fabuloso empleo cerca de su recuperada familia: su madre, su padre, su hermana y sus sobrinas.

Martina me cuenta que su última pareja le robó el alma. Hoy siente que llegó a anularla como persona. Mientras compartimos un café, me relata que se enamoraron perdidamente en cuestión de días, semanas... Que aquel ser era un personaje excepcional. Conocieron el amor, la aventura, la diversión, los viajes, el trabajo compartido, la complicidad, el deseo... y lo vivieron todo en sus múltiples vertientes.

Pero el tiempo comenzó de nuevo a burlarse de Martina. Y Martina se fue convirtiendo a ojos de su pareja en una mujer fea, extremadamente delgada, menos interesante de cara a los demás, aburrida, pasiva, poco locuaz... Y Martina asumió inexorablemente su papel de mujer despreciable. Me cuenta que nunca hubo violencia física, que "todo quedó" en amenazas verbales y algún que otro levantamiento de mano abortado a tiempo... Me dice, no obstante, que lo hubiera preferido antes que el maltrato psicológico al que fue sometida en aquellos años,

de una forma incierta, sibilina, progresiva, sutil pero descarnada.

Martina se despertó un día como quien despierta de un largo letargo. Cogió el teléfono y se lo dijo. Le dijo que en cuestión de quince días abandonaba aquella gran ciudad, que quería volver a su ciudad de antaño, a su familia, a sus orígenes...

Clara, al otro lado del hilo, calló y no pudo o no supo reaccionar. Hoy a Martina y Clara les separan seiscientos kilómetros y el silencio impuesto de una relación rota. Me lo contaba Martina el otro día tomando un café. Le conocí hace unas semanas. Un amigo común me la presentó por si, entre nosotros, podíamos ayudarle para buscar un trabajo aquí, en su ciudad natal. Piso ya tiene. Martina lo compró hace algunos años a modo de inversión. Su cuenta corriente está boyante, no lo vamos a negar. Ha ganado mucho dinero en puestos de trabajo de reconocida responsabilidad y le ha gustado vivir sin ambiciones consumistas.

Martina es una mujer excepcional. Lo veo. Es culta, inteligente y apasionada en todo lo que hace pero hoy todavía está demasiado delgada. El sufrimiento de los últimos meses le ha pasado factura aunque no ha perdido ni la sonrisa ni el brillo tintineante de sus ojos azules. Hoy me ha contado, entre risas y lágrimas, que su vientre ya se abulta, que dentro de seis meses será mamá.

Maite Sánchez Intxausti